sus cenizas sean trasportadas á Nápoles, á cuya mansion sabia era aficionado su poeta favorito.

Acaso el mismo Augusto habia ido á ver aquella tumba, á donde yo iba á mi vez, y habia descansado en el mismo sitio en donde, descansando yo, habia visto pasar ante mis ojos toda aquella gigantesca historia.

Y sin embargo, ¡he ahí una ilusion que un desventurado sabio quiso arrebatarme, diciéndome que *acaso* no era aquella la tumba de Virgilio!

IV.

LA GRUTA DE POUZZOLES.—LA GRUTA DEL PERRO.

Mientras duraba esa esploracion, nuestro cochero, á quien fastidiaba nuestra prolongada ausencia, habia entrado en una taberna para distraerse. Cuando volvimos á bajar hácia Chiaja, le encontramos ébrio como hubieran podido estarlo Horacio ó Galo. Esta ligera infraccion de las reglas de la temperancia, recayó sobre nuestros pobres caballos, que escitados por el látigo de su amo, nos llevaron á triple galope á la gruta de Pouzzoles. Nos pareció oportuno decir que queríamos detenernos á la entrada de aquella gruta y atravesarla en toda su longitud: nuestro automedonte, que creia su honra comprometida en probarnos, por la manera rozagante con que nos conducia, que no estaba beodo, redobló los golpes, y desaparecimos por la ancha abertura como si fuésemos arrastrados por un torbellino.

Desgraciadamente, apenas habíamos caminado cien pasos por aquel corredor del infierno, chocamos con un carro. El cochero, que iba de pie detrás de nosotros, saltó por encima de nuestras cabezas, y nosotros por encima de las de los caballos. Cayeron estos al suelo; una rueda del corrícolo continuó su rotacion, mientras la otra, enganchada en el cubo de las ruedas del carro, se detuvo con el resto del carruage. Creí que nos habíamos aplastado. Felizmente el dios de los ébrios, que velaba por nuestro cochero, se dignó estender su proteccion hasta nosotros, por mas indignos que fuésemos de ella: nos levantamos sin un arañazo: solo las guarniciones del bilancino estaban rotas. Se recordará que el bilancino es el caballo que galopa junto al de varas.

Nuestro conductor nos hizo saber que necesitaba un cuarto de hora para volver á poner en órden su tren; se lo concedimos con tanta mas voluntad, cuanto que necesitábamos nosotros el mismo tiempo para visitar la gruta.

En los tiempos de Séneca, en que no habia caminos de hierro, y en que por consecuencia no se horadaban las montañas, sino que se pasaba sencillamente por su cima, la gruta de Pouzzoles era una gran curiosidad. Así que les llamaba la atencion una cosa que en nuestros dias haria el mas ignorante ingeniero de puentes y caminos, y poetizando aquella especie de cueva, que no es buena ni para conservar vino, la llama una larga prision, y diserta acerca de la fuerza involuntaria de las impresiones. Por lo que respecta á nosotros, yo no sé si la cabriola que acabábamos de dar habia alterado nuestra imaginacion; pero, sin ofender á Séneca, no nos impresionó otra cosa, que el insoportable olor á aceite que despedian los sesenta y cuatro reverberos encendidos en aquella inmensa gazapera.

A pesar de sus sesenta y cuatro reverberos, hay tal oscuridad en la gruta de Pouzzoles, que únicamente guiados por la vinosa voz de nuestro cochero conseguimos encontrar nuestro corricolo. Montamos en él; nuestro cochero subió detrás, y como para probar á nuestros desventurados caballos que no era á él á quien le faltaba la razon, se estrenó con el latigazo mas magnífico que jamás han recibido caballos, desde los corceles de Aquiles, que tan tiernamente lloraron á su amo, hasta las mulas de don Miguel, que faltó poco para que irrespetuosamente desnucasen al suyo.

El bilancino y el caballo de tronco, dieron un salto que á poco mas descuaderna el carruage; pero con gran admiracion nuestra, y aunque los dos parecia que hacian inauditos esfuerzos para cumplir con su deber, no nos movimos del mismo sitio.

Redobló el cochero la dósis, acompañando esta vez el chasquido del cuero con ese silbido ténue de los cocheros italianos, y con el que parece galvanizan sus caballos. Los nuestros, con aquella doble amonestacion, redoblaron sus saltos y su piafar, pero no dieron un paso ni adelante ni atrás.

Sin embargo, como segun todas las reglas de la dignidad humana, jamás deben ceder los animales de dos pies ante los animales de cuatro patas, empeñase nuestro hombre y largó á su tiro el tercer latigazo, acompañando este latigazo con un juramento capaz de hendir el Paussilipo. La impresion que sufrieron los desgraciados cuadrúpedos fué grande; se encabritaron, relincharon, se movieron á la derecha, á la izquierda; pero ni un solo paso adelante, no habia que pensar en eso.

Evidentemente se encerraba allí algun misterio. Detuve el brazo á Gaëtano, levantado ya para descargar el cuarto latigazo, y le dije se asegurase por el tacto de las causas que nos encadenaban en nuestro sitio; porque no habia que tratar de emplear la vista. Gaëtano quiso negarse y pretendió que los caballos

debian partir y que partirian. Pero yo tambien insistí á mi vez diciéndole, que si añadia una palabra mas le enviaria á pasear con su carruage. Gaëtano, amenazado en sus intereses pecuniarios, se apeó.

A los pocos instantes, le oimos lanzar suspiros, despues lamentos, y por último sollozos.

—¡Y bien! le pregunté, ¿qué hay?

—*Oh, eccellenza.*

—Adelante.

—¡*O malora*!

—¿Cómo?

—*Ho perduto la testa del mio cavallo.*

—¡Cómo! ¿habeis perdido la cabeza de vuestro caballo?

—¡*L'o perduta*!

Y los lamentos y sollozos volvieron á comenzar.

—¿Y de cuál de los dos, habeis perdido la cabeza? pregunté riendo á carcajadas.

—*Del povero bilancino, eccellenza.*

—Ese miserable es difunto de taberna, dijo Jadin.

—¡Y bien! pregunté despues de un momento de silencio, ¿ha parecido?

—*O non si trovera piú.... ¡mai! ¡mai! ¡mai!*

—Vamos á ver, esperad, voy á buscarla yo mismo.

Me bajé del corricolo; dí á tientas la vuelta al rededor del tiro, y encontré á mi hombre que apretaba desesperadamente entre sus brazos la grupa de su caballo. Le habia enganchado al revés.

Compréndese el resultado natural de esta combinacion. á cada nuevo latigazo, el caballo de varas tiraba hácia el Norte y el bilancino hácia el Mediodía. Ahora bien, como es una regla invariable que dos fuerzas iguales opuestas una á otra se equilibran, resultaba que cuanto mayores eran los esfuerzos que hacian nuestros caballos para avanzar, el uno hácia la entrada de la gruta, el otro hácia la salida, mas sólidamente permaneciamos como amarrados en el mismo sitio.

Anuncié á Gaëtano que la cabeza de su caballo estaba encontrada, le presenté la prueba de ello poniéndole la mano sobre ella, y le indiqué que por temor á nuevos accidentes, iríamos á pie hasta la gruta del Perro, donde podia ir á reunirse con nosotros, si podia hacerlo.

Hay no obstante dias en que esa gruta está espléndidamente iluminada, y son los dias de equinoccio; como el sol se pone exactamente por frente de ella, la atraviesa con sus últimos rayos y la dora maravillosamente de uno á otro de sus estremos.

Habiamos hallado tantos embarazos en aquella malhadada gruta, que salimos á la luz con cierto placer. Con el fin, sin duda, de indemnizar al viagero de la pérdida que momentáneamente ha sufrido, la naturaleza, á la salida de aquel largo y sombrío corredor, se presenta graciosa, animada y llena de fantásticos accidentes. Sin embargo, como un sol terrible se desplomaba sobre nuestras cabezas, no nos detuvimos mucho á detallarla, y segun la indicacion de un transeunte, dejando el camino, tomamos una vereda que conduce al lago de Agnano.

La honra de Gaëtano se habia interesado; al cabo de un instante oimos detrás de nosotros el ruido de las ruedas de un carruage y los cascabeles de los dos caballos: era nuestro corricolo y nuestro cochero que iban á buscarnos, el corricolo perfectamente arreglado con ayuda de cuerdas y trapos, y el cochero mas tranquilo.

Como nadábamos en sudor, no nos hicimos rogar para ocupar nuestros puestos; y ahora, gracias á la armonía de nuestro tiro, emprendimos nuestro paso habitual, es decir, fuimos como el viento.

Al cabo de un momento se pusieron á correr dos perros delante de nuestro corricolo, y un hombre subió á la trasera. ¿De dónde salian? Se me figura que de una pobre cabaña situada á la izquierda del camino. De los dos cuadrúpedos, el uno era de color de mahon y el otro negro.

A muy poco, el cuadrúpedo de color de mahon presentó visibles señales de vacilacion. Se detenía, se sentaba, quedaba atrás, despues volvia á caminar, cada vez mas lentamente. Su amo comenzó por silbarle, luego le llamó, y al fin, viendo manifiestas señales de rebelion, se apeó, le ató con el perro negro, y en lugar de volver á subir á la trasera, marchó á pie. Pregunté entonces quiénes eran aquel hombre y aquellos perros; se nos respondió que era el hombre que tenia la llave de la gruta, y los dos perros en que se hacian sucesivamente los esperimentos; es decir, el gran sacerdote y las víctimas.

La palabra sucesivamente me esplicó los recelos del perro rubio y la negligencia del perro negro. El perro negro salia de guardia, el perro rojo estaba de faccion. He aquí por qué el perro rojo queria volverse á todo trance, y por qué le era indiferente al perro negro seguir adelante. A la primera visita de estrangeros cambiaron los papeles.

A medida que nos aproximábamos, redoblaba el terror del desventurado perro rojo. Oponia á su colega una verdadera resistencia; y como eran sobre poco mas ó menos de la misma talla, y por consecuencia de la misma fuerza, y el uno no deseaba mas que obedecer á su amo, mientras el otro tenia esperanza de librarse de él, muy pronto pudo mas el sentimiento de la propia conservacion que el del deber, y en lugar de ser el perro negro quien continuase tirando del perro rojo hácia la gruta, fué el perro rojo el que comenzó á llevarse al perro negro hácia la casa.

Viendo lo cual el propietario de los dos

animales, juzgó necesaria su intervencion, y se puso en marcha para reunirlos. Pero á medida que se aproximaba á ellos, mientras el perro rojo redoblaba sus esfuerzos para huir, el perro negro, que no estaba bien seguro de haber hecho todo lo que podia por contener á su camarada, daba á su vez señales de vacilacion, de modo que cuando el amo estendió el brazo creyendo que estaban al alcance de su mano, los dos emprendieron un escape volviendo á tomar el camino por donde habian venido.

Púsose el hombre á correr tras de ellos llamándolos; inútil es decir que cuanto mas los llamaba, mas aprisa corrian. No tardaron en desaparecer hombre y perros tras una revuelta del camino.

Milord habia mirado toda aquella escena con una profunda admiracion: al ver aparecer dos individuos de su especie, habia querido arrojarse sobre ellos para devorarlos, pero algunos puntapies de Jadin le habian tranquilizado, y se habia decidido, aunque visiblemente con pesar, á permanecer simple espectador de lo que iba á pasar.

Lo que debia suceder sucedió: los dos perros se detuvieron á la puerta de su perrera. Allí los cogió su amo, ató por el cuello con una cuerda al perro rojo, silbó al perro negro, y diez minutos despues de su desaparicion, le vimos volver precedido del uno y arrastrando al otro.

Ya no habia medio de volverse atrás; era preciso que el desventurado animal sufriese el sacrificio. Al llegar á la puerta de la gruta temblaba todo su cuerpo; abierta la puerta, estaba ya medio muerto. Junto á esta puerta estaban cinco ó seis chicos tan andrajosos, que aparte de la indiscrecion de los vestidos, era muy difícil reconocer su sexo: cada uno tenia un animal distinto en la mano; el uno una rana, el otro una culebra, este un conejo de Indias, aquel un gato.

Estos animales estaban destinados para diversion de los aficionados que no se contentan con el desvanecimiento y quieren la muerte. Los perros cuestan caros para hacerlos morir: me parece que cuatro duros por cabeza, mientras que por un carlino se puede hacer morir la rana, por dos la culebra, por tres el conejo de Indias, y por cuatro el gato. Como se ve, es casi de balde. Sin embargo, un virey, que sin duda no tenia dinero en su bolsillo, hizo entrar en la gruta dos esclavos turcos, y los vió morir gratis.

Todo esto es muy repugnante y cruel, pero es la costumbre. Por otra parte, los animales mueren, es verdad, pero en cambio los amos viven de eso, y hay tan pocas industrias en Nápoles, que hay que ser tolerante con esa necesariamente.

La gruta tendrá tres pies de alto y dos pies y medio de profundidad. Introduje la cabeza en la parte superior, y no sentí ninguna diferencia entre el aire que contenia y la atmosfera esterior; pero recogiendo en el hueco de la mano el aire inferior y llevándole vivamente á mi boca y nariz, sentí un olor sofocante. En efecto, los gases mortíferos no conservan su accion mas que á la altura de un pie desde el suelo próximamente. Mas en esa distancia, en algunos segundos asfixiarian al hombre lo mismo que á los animales.

Le habia llegado su turno al desventurado perro. Su amo le lanzó en la gruta sin que opusiese ninguna resistencia; pero una vez dentro, recobró su energía, saltó, se enderezó sobre sus patas traseras para elevar la cabeza por encima de la mefítica atmósfera que le rodeaba. Pero todo fué inútil; al punto se apoderó de él un temblor convulsivo, volvió á quedar sobre sus cuatro patas, se tamboleó un momento, se tendió, estiró los miembros, los agitó como en la agonía, y en seguida quedó repentinamente inmóvil. Su amo le sacó por la cola fuera del nicho; quedó sin movimiento sobre la arena con la boca abierta y llena de espuma. Le creí muerto.

Pero no estaba mas que desvanecido: muy pronto obró sobre él el aire esterior; inflárons sus pulmones y alentaron, produciendo un ruido como el de unos fuelles; levantó la cabeza, despues el cuarto delantero, en seguida el trasero, y permaneció un instante vacilante sobre sus cuatro patas como si estuviese ébrio; en fin, reuniendo de repente todas sus fuerzas, partió como un cohete y no se detuvo hasta cien pasos de allí, sobre una colina en cuya cima se sentó, mirando á su alrededor con la mas prudente y nimia atencion.

Creí que aquello era concluido y que su amo no le volveria á coger nunca. Le indiqué mi observacion, pero sonrió con el aspecto de un hombre que quiere decir: —Vamos, vamos, todavía no sois muy fuerte en materia de perros. Y sacando un pedazo de pan de su bolsillo, le enseñó al paciente, quien pareció consultarse algunos segundos, luchando entre el temor y la gula. Venció esta. Se acercó moviendo la cola, y devoró su pitanza, como si hubiese olvidado completamente lo que acababa de pasar.

El perro negro habia mirado aquella operacion gravemente sentado, volviendo la cabeza, y como diciendo para sí como el borracho de Charlet: —He ahí como estaré yo el domingo.

En cuanto á Milord, estaba metido bajo el asiento del corricolo, donde no parecia tener mas que un temor; el de ser descubierto.

Pregunté el nombre de los dos infortunados cuadrúpedos cuya vida estaba destinada á pasarse en perpétuos desmayos: llamábanse Castor y Polux, sin duda á causa de que, semejantes á los dos divinos gemelos, están condenados á vivir y morir por turno.

Tuve intencion de comprar á Castor y Polux. Pero calculé que si les daba la libertad se harian rabiosos; y que si los conservaba, no dejarian de ser devorados un dia ú otro por Milord.

Decidime, pues, á no cambiar en nada el órden de las cosas, y á dejar á cada uno la suerte que la naturaleza le habia dado.

En cuanto á la rana, la culebra, el conejo de Indias y el gato, declaramos que no teniamos ninguna necesidad de continuar en ellos los esperimentos, y que el que habiamos hecho con Castor nos bastaba.

Esta decision fué acompañada de un par de carlinos que distribuimos á sus propietarios, para ayudarlos á esperar con paciencia viageros mas ingleses que nosotros.

V.

LA PLAZA DEL MERCADO.

Hemos dicho que el muelle es el boulevart del Temple de Nápoles; *il Mercato* es su plaza de Grève.

En otro tiempo, cuando se ahorcaba en Nápoles, el patíbulo permanecia levantado continuamente en la plaza del Mercado. Hoy que Nápoles está iluminado de gas, que tiene el piso de asfalto y que guillotina, se levanta y se quita la *mandaja* para cada ejecucion.

Elévase la horrible máquina durante la noche que precede al suplicio, frente á una pequeña calle por la que desemboca el reo, y que se llama por esta razon *vico del Sospiro*, la callejuela del Suspiro.

En esa plaza es donde fueron ejecutados el 29 de octubre de 1268 el jóven Conradino y su primo Federico de Austria. Los cadáveres de ambos jóvenes permanecieron algun tiempo sepultados en el sitio mismo de la ejecucion, y sobre su tumba se construyó una capillita; pero la emperatriz Margarita que llegó allí desde el corazon de Alemania, llevaba tesoros para rescatar de Cárlos de Anjou la vida de su hijo. Era demasiado tarde, su hijo habia muerto. Con el permiso de su asesino empleó sus tesoros en hacer edificar una iglesia. Esta iglesia es la del Carmine.

Si no conduce un guia se empleará mucho tiempo en encontrar aquella tumba por la que, sin embargo, se edificó una iglesia; sin duda la susceptibilidad de Cárlos la relegó al sitio en que se encuentra.

La iglesia del Carmine presenció un milagro incontestable y casi incontestado.

Compré en Roma un libro italiano titulado: *Historia de la vigésima sétima revolucion de la muy fiel ciudad de Nápoles*: esta es la de Masaniello. Con las que han tenido lugar desde 1647, y que es preciso añadir á las revoluciones anteriores, hacen un total de treinta y cinco. Esto no es demasiado para una ciudad fiel.

Una de esas treinta y cinco revoluciones se verificó contra Alfonso de Aragon. Pero Alfonso de Aragon no era tan tonto que abandonase á Nápoles porque Nápoles le abandonara. Hizo acudir galeras de Sicilia y Cataluña, y habiendo puesto sitio á Nápoles, estableció su campo orillas del Sebeto, posicion desde la que comenzó á bombardear á su muy fiel ciudad sublevada. Una de las balas enviadas por él á sus antiguos súbditos, equivocando probablemente el camino, se dirigió á la iglesia del Carmine, atravesó la cúpula, derribó el tabernáculo, y fué en direccion de la cabeza del crucifijo de tamaño natural, que ya antes de aquella época era reconocido como muy milagroso; el crucifijo inclinó la cabeza sobre su pecho, y la bala, pasando por encima, fué á clavarse en la puerta, llevándose únicamente la corona de espinas que tenia ceñida en la cabeza.

Todos los años, al dia siguiente de Navidad, es espuesto el crucifijo á la veneracion de los fieles.

En la plaza del Mercado es donde estalló la famosa revolucion de Masaniello, que se ha hecho tan popular en Francia desde la representacion de la *Mutta di Portici*. Seria, pues, casi ridículo que yo me estendiera hablando de aquella revolucion. Pero como generalmente las óperas no tienen la pretension de ser obras históricas, acaso encontraré qué decir respecto al héroe de Amalfi, cosas olvidadas por mi colega y amigo Scribe.

Hacia tres años era virey el duque de Arcos, y en esos tres años habia visto la ciudad de Nápoles aumentarse los impuestos de tal modo, que el gobernador, no sabiendo sobre qué cosas imponer nuevos tributos, impuso una contribucion sobre las frutas y legumbres, que siendo el principal alimento de los lazzaroni, habian entrado siempre en la ciudad de Nápoles sin pagar ningun derecho. Así que esta nueva gabela ofendió tanto al pueblo de la muy fiel ciudad, que comenzó á murmurar en voz alta. El duque de Arcos dobló la guardia, reforzó la guarnicion de todos los castillos, hizo entrar en la capital tres ó cuatro mil hombres que estaban repartidos en las cercanías, redobló el lujo en sus trenes, en sus comidas y en sus bailes, y dejó al pueblo murmurar.

Aproximábase el mes de julio, mes en el que se celebra en Nápoles con una devocion y una pompa muy especial, la fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Era costumbre en aquella época y á propósito de aquella fiesta, construir un fuerte en medio de la plaza del Mercado. Este fuerte, sin duda en memoria de los diferentes asaltos que debió sufrir la montaña santa, estaba defendido por una guarni-

cion cristiana y atacado por un ejército sarraceno. Los cristianos estaban vestidos de calzones blancos de tela, y cubrian la cabeza con un gorro encarnado; es decir, que los cristianos llevaban simplemente el trage de los pescadores napolitanos, los cuales en 1647 no habian adoptado todavía la camisa. Los sarracenos iban vestidos á la turca, con anchos pantalones, chaquetas de seda y desmesurados turbantes. El gasto de los trages que llevaban los infieles, no se recordaba por quién habia sido hecho. Conservábanlo con el mayor cuidado, y los combatientes se los legaban de generacion en generacion.

Las armas de sitiadores y sitiados eran largas cañas de Indias con las que se sacudian grandemente sin hacerse mucho daño, y que les proporcionaban en abundancia los terrenos pantanosos de las inmediaciones de Nápoles.

Era costumbre que los que habian de tomar parte en aquel combate, se reunieran desde el mes de junio para ejercitarse. Entonces, amigos y enemigos, cristianos y sarracenos, maniobraban juntos y con la mas perfecta armonía; despues volvian á la ciudad, marchando al paso, llevando sus cañas á modo de fusiles, y alineados como tropas regulares.

El gefe de los cristianos que debia defender el fuerte del Mercado en la fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo del año de gracia de 1647, era un jóven de veinte y cuatro años, hijo de un pobre pescador de Amalfi, y pescador él tambien en Nápoles. Llamábanle Tomás Aniello, y por contraccion Masaniello.

Algunos dias antes el jóven pescador se habia quejado ágriamente de la gabela. Su muger, con quien se habia casado á los diez y nueve años, y á quien amaba mucho, intentando introducir en Nápoles dos ó tres libras de harina ocultas en una media, habia sido sorprendida por los guardas de puertas, puesta en prision y condenada á permanecer allí hasta que su marido hubiese pagado una suma de cien ducados; es decir, de cuatrocientos cincuenta francos de nuestra moneda. Probablemente era mas que lo que su marido hubiera podido reunir trabajando toda su vida.

El odio que Masaniello habia manifestado á los guardas cuando arrestaron á su muger, se estendió una vez dada la sentencia de los guardas al gobierno. Este odio era bien conocido de todos, porque Masaniello decia en alta voz por las calles de Nápoles que se vengaria de una manera ó de otra; y como el pueblo por su parte estaba descontento, sin duda á sus manifestaciones hostiles debió el ser nombrado gefe del mas importante de los dos partidos.

El nombre del otro gefe ha quedado desconocido.

El primer acto de hostilidad de Masaniello contra la autoridad del virey, fué una estraña truhanada. Cuando pasaba con toda su tropa por delante del palacio del gobierno, en cuyo balcon el duque y la duquesa de Arcos habian reunido toda la aristocracia de la ciudad, Masaniello, como para obsequiar á todos aquellos ricos señores y lindas damas que se habian incomodado por él, mandó hacer alto á su tropa, la hizo colocar en una sola línea ante el palacio, dar media vuelta á la izquierda á fin de que los soldados volviesen la espalda al balcon, hizo colocasen las cañas en tierra, y en seguida mandó las volviesen á coger. Este triple movimiento fué ejecutado con una igualdad notable y una originalidad suprema. Las damas dieron grandes gritos, los señores hablaron de castigar á los insolentes que se habian permitido aquella impertinente chanza con una seriedad inalterable; pero como la gente de Masaniello se componia de doscientos mozos elegidos entre los mas vigorosos del muelle, todo quedó en conversacion, y Masaniello y sus secuaces volvieron á entrar en sus casas sin que nadie los inquietase.

El domingo siguiente, dia destinado á otra revista, fueron los dos gefes por la mañana á la plaza del Mercado con sus tropas, á fin de renovar las maniobras de los domingos precedentes. Precisamente era la hora en que los aldeanos de las inmediaciones de Nápoles llevaban sus frutas al mercado. Mientras los dos pelotones se ejercitaban á competencia, trábase una disputa por una cesta de higos, entre un jardinero de Pórtici y un habitante de Nápoles: tratábase del derecho nuevamente impuesto, que no querian pagar ni uno ni otro; decia el vendedor que el impuesto debia satisfacerlo el comprador, y el comprador por el contrario, decia que el impuesto correspondia al vendedor. Como aquella disputa hiciese algun ruido, el pueblo reunido para ver maniobrar á los turcos y cristianos, acudió al sitio en que la discusion tenia lugar, é hizo círculo alrededor de los que disputaban. Distraidos de su ocupacion por las voces que se oian, algunos soldados de los dos bandos abandonaron sus filas para ir á ver lo que pasaba. Como el asunto era importante, hicieron inmediatamente señas á sus camaradas para que acudiesen; no se hicieron repetir estos dos veces la invitacion; se ensanchó entonces el círculo y comenzó á formarse una reunion formidable. En aquel momento el magistrado encargado de la policía, y que se llamaba el elegido del pueblo, llegó, y siendo interpelado á la vez por los ciudadanos y los hortelanos para saber á quien pertenecia pagar el derecho, respondió que cargaba sobre los hortelanos. Apenas contestó aquello, los hortelanos arrojan por el suelo sus cestas llenas de frutas, declarando que mejor quieren darlas de valde al pueblo que pagar aquel odioso impuesto. Inmediatamente el pueblo se precipita, se oprime por coger aquellas frutas, cuando de repente se lanza un hombre por entre la multitud, se abre paso, penetra hasta el centro de la reunion, impone silencio, ca-

llándose todos al oirle, y declara al magistrado que desde aquel momento el pueblo napolitano está decidido á no pagar impuestos. El magistrado habla de medios correctivos, amenaza con hacer acudir soldados. El jóven se baja, coge un puñado de higos, y llenos de polvo se los arroja al magistrado al rostro, retirándose éste en seguida silbado por la multitud, mientras el jóven, deteniendo á los dos bandos, dispuestos á perseguir al fugitivo, se pone á su cabeza, toma disposiciones con la rapidez y la energía de un general consumado, los distribuye en cuatro pelotones, manda á los tres primeros repartirse por la ciudad, destruir todos los cajones donde se cobraba el impuesto, quemar todos los registros de las gabelas, y anunciar la abolicion de todos los impuestos, mientras á la cabeza del cuarto, aumentado con la mayor parte de los que estaban presentes, marcha directamente al palacio del virey. Los cuatro grupos partieron al grito de ¡Viva Masaniello!

En efecto, el jóven que habia pisoteado en un momento la autoridad como un tribuno, que habia dividido su ejército como un general, y dado órdenes al pueblo como un dictador, era Masaniello.

El duque de Arcos se hallaba ya informado de lo que pasaba; el magistrado se habia refugiado á su lado y le habia referido todo. Masaniello y su gente encontraron, pues, el palacio cerrado. La primera intencion del pueblo fué romper las puertas. Pero Masaniello quiso proceder con cierta legalidad. En su consecuencia, hizo intimar al virey se presentase ó enviase alguno en su nombre, cuando se abrió el balcon y apareció el magistrado anunciando que el impuesto sobre las frutas acababa de quitarse. Pero ya no era esto bastanle: la multitud, reconociendo su fuerza, y viendo que podian hacerle concesiones, se habia hecho exigente. Pidió con desaforados gritos la abolicion del impuesto sobre la harina. El magistrado contestó que iba á saber la respuesta, volvió á meterse dentro, pero no volvió á aparecer.

Masaniello alzó la voz, y con toda la fuerza de sus pulmones anunció que daba al virey diez minutos para decidirse.

Pasados los diez minutos, y no recibiendo respuesta alguna, Masaniello, con aire de emperador, estendió el brazo. En el mismo instante fué derribada la puerta y la multitud se precipitó en el palacio gritando: ¡Abajo los impuestos! rompiendo los espejos y arrojando los muebles por los balcones. Mas al llegar al salon del sólio, aquella multitud se detuvo á una palabra de Masaniello ante el retrato del rey, se descubrió y saludó, mientras, que Masaniello protestaba en alta voz que no era contra la persona del soberano contra quien él se sublevaba, sino contra la mala administracion de sus ministros.

Entretanto el duque de Arcos se habia puesto en salvo por una escalera escusada; habia montado en un carruage y se alejaba á escape en direccion del Castillo Nuevo. Pero reconocido al punto por el populacho, fué perseguido, é iba á alcanzarle, cuando por la portezuela del carruage salieron puñados de ducados. La multitud se avalanzó sobre aquella lluvia de oro, y dejó escapar al duque, quien encontrando levantado el puente del Castillo Nuevo, se vió obligado á refugiarse en un convento de Mínimos.

Allí dió dos decretos: uno que abolia todos los impuestos de cualquier clase que fuesen, el otro que concedia á Masaniello una pension de seis mil ducados, si queria contener al pueblo y hacerle entrar en su deber.

Masaniello recibió estos dos decretos, los leyó al pueblo desde el balcon del duque de Arcos, rompe el que le es personal y arroja los pedazos á la multitud, esclamando que por todo el oro del reino no haria traicion á sus compañeros. Desde este momento Masaniello no es ya un gefe para la multitud, Masaniello no es ya un rey, Masaniello es un dios.

Entonces es él á su vez quien envia una diputacion al duque de Arcos; esta diputacion está encargada de decirle que la sublevacion no ha sido contra el rey, sino contra los impuestos, que nada tiene que temer si cumple las promesas hechas, y que puede volver con toda seguridad á su palacio. Cada uno de los miembros de la diputacion responde con su vida de la vida del duque de Arcos. El virey acepta la proteccion que se le ofrece; pero en lugar de volver á su saqueado palacio, pide retirarse al fuerte de San Telmo. Es trasmitida la proposicion á Masaniello, quien reflexiona algunos segundos y accede á ello sonriendo. El duque de Arcos se retira al castillo de San Telmo. Masaniello es el único dueño de la ciudad.

Todo eso ha durado cinco horas: en cinco horas, todo el poder español ha quedado anonadado, todas las prerogativas del virey destruidas; en cinco horas, un lazzaroni ha ido á tratar de igual á igual con el representante de Felipe IV, quien le hace rey en su lugar, entregándole la ciudad, y esta estraña revolucion se ha verificado sin que se haya derramado una sola gota de sangre.

Pero desde entonces comenzaba para Masaniello una inmensa tarea. El pescador sin educacion alguna, el lazzaroni que no sabia leer ni escribir, el vendedor de pescado que jamás habia manejado mas que sus remos, ni hecho otra cosa que sacar sus redes, iba á cargar sobre sí con la direccion de los negocios de un gran reino; iba á publicar decretos, á administrar justicia, á organizar un ejército y combatir á su cabeza.

Nada de esto asustó á Masaniello: tendió su tranquila mirada sobre sí mismo y á su derredor, y en seguida puso inmediatamente manos á la obra.

El primer uso que hizo de su autoridad fué mandar poner en libertad los presos que estaban procesados por contrabando ó por no haber satisfecho multas impuestas por los tributos. Entre estos últimos estaba, como se recordará, la misma muger del dictador. Estos presos una vez en libertad fueron á unírsele al palacio del virey.

Entonces, acompañado de ellos, escoltado por su guardia, fué á la plaza del Mercado, hizo publicar á son de trompeta, la abolicion de los impuestos y la órden para que todos los hombres de Nápoles, desde diez y ocho hasta cincuenta años, tomasen las armas y se reuniesen en la plaza. Esta órden fué dictada por Masaniello y copiada por un escritor público, y Masaniello, que como hemos dicho no sabia firmar, aplicó por bajo de la última línea, á guisa de sello, el amuleio que llevaba al cuello, y que desde aquel momento fué la firma de este nuevo soberano.

En seguida, como su primer cuerpo de tropas estaba ya dividido en cuatro pelotones, dió gefes que los dirigieran á los cuatro que no estaban bajo su mando inmediato. Estos gefes eran tres lazzaroni amigos suyos, que se llamaban Cataneo, Renna y Ardizzone. Encargóseles se situaran cada uno en un barrio opuesto, y velasen por la seguridad de la ciudad. Los tres pelotones se situaron en su puesto, y Masaniello quedó en la plaza del Mercado á la cabeza del suyo, esperando el resultado de la órden que habia dado para el levantamiento en masa.

La ejecucion de esa órden no se hizo esperar. Al cabo de dos horas, ciento treinta mil hombres armados rodeaban á Masaniello. Todos habian acudido al llamamiento, sin discutir un momento sobre el derecho del que los llamaba. Unicamente la corporacion de pintores pidió se la concediera organizarse en compañía particular bajo el nombre de compañía de la Muerte, y como esta peticion se le habia hecho á Masaniello por medio de uno que habia sido lazzaroni y á quien queria mucho, les fué concedida. Este lazzaroni, amigo de Masaniello, que se habia encargado de la negociacion, era Salvator Rosa.

Creyó Masaniello que la primera cosa que habia que hacer en un buen gobierno, era desocupar las prisiones poniendo en libertad á los inocentes y castigando á los culpables. El gefe de los sublevados se habia hecho general, el general acababa de hacerse legislador, el legislador se hizo juez.

Masaniello hizo levantar un tablado, se sentó en él vestido con sus calzones y en mangas de camisa, y apoyando su mano derecha en una espada desenvainada, hizo comparecer sucesivamente ante él á todos los presos.

Todo el dia le empleó en juzgar: aquellos á quienes proclamaba inocentes eran al instante mismo puestos en libertad; los que reconocia culpables eran al instante mismo ejecutados. Y era tal la penetracion de aquel hombre, que aunque no tuviese su juicio generalmente otra base que la inspeccion rápida y profunda de la fisonomía del acusado, habia completa conviccion entre los presentes, de que el juez improvisado no habia condenado á ningun inocente, ni dejado escapar á ningun culpable. Solo que no habia diferencia entre las sentencias, ni escala gradual en las penas. Ladrones, falsarios y asesinos, fueron igualmente condenados á muerte. Esto se parecia mucho á las leyes de Dracon; pero Masaniello habia comprendido que el tiempo urgia, y no podia detenerse á elegir.

A la mañana del dia siguiente todo habia concluido: las prisiones de Nápoles estaban desocupadas y todas las sentencias ejecutadas.

Las proporciones que iba tomando la revolucion, ó mas bien el genio del que la dirigia, espantaron al virey. Envió al duque de Matalona á verse con Masaniello para preguntarle cual era el fin que se proponia, y cuales las condiciones con que la ciudad volveria á someterse al poder de su soberano. Masaniello negó que la ciudad estuviese sublevada contra Felipe IV, y en prueba de esta asercion, enseñó al embajador todas las esquinas de las calles adornadas con retratos del rey de España, los cuales para mejor honrarle, se habian colocado bajo doseles. En cuanto á las condiciones que tenia á bien imponerle, se reducian á una sola: y era se entregase al pueblo el original de la pragmática de Cárlos V, que desde el dia de su fecha suprimia para el porvenir todo nuevo impuesto.

El virey fingió ceder, mandó hacer un decreto falso y se le envió á Masaniello. Pero Masaniello sospechando alguna traicion, mandó ir peritos y les entregó el decreto. Estos declararon que era una copia y no el original.

Entonces Masaniello se bajó del tablado, se dirigió al duque de Matalona, y le echó en cara su supercheria; en seguida, habiéndole arrancado de su caballo y derribado en tierra, le puso su desnudo pie en el rostro, despues de lo que volvió á subir á su trono y mandó que llevasen al duque á una prision. A la noche siguiente sobornó el duque al carcelero á fuerza de oro, y se escapó.

El virey vió entonces con que especie de hombre tenia que habérselas, y no pudiendo engañarle, quiso destruirle. En su consecuencia, dió órden á todas las tropas que se encontraban al Norte, en Cápua y Gaeta; al Mediodía, en Salerno y sus inmediaciones, de marchar sobre Nápoles. Masaniello supo aquella órden, dividió su ejército en tres cuerpos, envió sus lugartenientes con uno de estos cuerpos, contra las tropas que venian de Salerno, marchó con la otra contra las que venian de Cápua, y dejó el tercer cuerpo bajo el mando de Ardizzone para defender á Nápoles.

Créese que fué durante esta espedicion, que alejaba momentáneamente á Masaniello de Nápoles, cuando se hicieron las primeras proposiciones de traicion á Ardizzone, con autorizacion de comunicarlas á sus dos colegas, Cataneo y Renna.

Masaniello derrotó las tropas del virey, le mató mil hombres é hizo tres mil prisioneros, que llevó con gran ostentacion á Nápoles, y á los que dió absoluta y completa libertad en la plaza del Mercado. Estos tres mil hombres se pasaron al punto á las milicias napolitanas esclamando: ¡Viva Masaniello!

Por su parte, Cataneo y Renna habian rechazado las fuerzas enemigas. La compañía de la Muerte, sobre todo, que formaban parte de sus cuerpos de ejército, se habia conducido con bizarría.

El duque de Arcos no tenia ya recursos; habia ensayado la astucia, y Masaniello habia descubierto la traicion; habia ensayado la fuerza, y Masaniello le habia derrotado. Resolvió, pues, tratar directamente con él; reservándose para sí hacerle traicion ó destruirle á la primera ocasion que se le presentase.

Esta vez, para dar mas formalidad á la negociacion, eligió para negociador al cardenal Filomarino. El pueblo, que desconfiaba del prelado, quiso oponerse á aquella nueva entrevista, pero Masaniello respondió del cardenal, y la entrevista se verificó.

Masaniello acababa de dar la órden de quemar treinta y seis palacios que pertenecian á los treinta y seis señores mas elevados de la nobleza española y napolitana. El cardenal Filomarino suplicó á Masaniello revocase aquella órden, y Masaniello la revocó.

Cuando Masaniello dejaba al prelado y se dirigia al sitio de la conferencia en la plaza del Mercado, le dispararon casi á quema-ropa cinco arcabuzazos, sin que ninguno le tocara: todavía no habia llegado su hora.

Los asesinos fueron hechos pedazos por el pueblo, y declararon al morir que habian sido pagados por el duque de Matalona, el cual queria vengarse del mal tratamiento que habia recibido de Masaniello.

El virey protestó de su connivencia en el conato de asesinato, el cardenal empeñó su palabra de honor de que el duque de Arcos ignoraba aquella trama, y las negociaciones volvieron á continuar su curso.

Jamás la policía habia ejercido mayor vigilancia; y en cuatro dias que hacia mandaba Masaniello, ni un robo se habia cometido en la ciudad de Nápoles.

El mismo dia en que Masaniello estuvo para ser asesinado, el cardenal volvió á decirle de parte del virey, que este deseaba tratar con él de los asuntos del Estado, y que volveria al dia siguiente con toda su córte á palacio, á fin de recibirle allí. Masaniello que desconfiaba de estos preliminares, queria rehusar, pero el cardenal insistió de tal modo, que le fué forzoso aceptar. Entonces se empeñó una nueva discusion mas tenaz que la primera. Masaniello, que no se reconocia otra cosa que un pescador, queria ir á palacio vestido con el trage de pescador; es decir, con los brazos y las pantorrillas desnudas, y vestido únicamente con su calzon, su camisa y su gorro frigio; pero el cardenal le repitió tantas veces que semejante trage era inconveniente para un hombre que iba á aparecer en medio de una córte tan brillante, y tratar de negocios de tan alta importancia, que Masaniello cedió al fin, y permitió suspirando que el virey le enviase el trage que debia vestir en aquel gran dia. En la misma noche recibió un trage completo de tela recamada de plata con un sombrero adornado de una pluma, y una espada con guarnicion de oro. Aceptó el trage; mas en cuanto á la espada, la rehusó, no queriendo otra que la que hasta allí le habia servido de cetro y de vara de justicia.

Aquella noche durmió mal Masaniello, y dijo á la mañana siguiente, que su patrono se le habia aparecido en sueños y le habia prohibido ir á aquella entrevista; pero el cardenal Filomarino le recordó que tenia comprometida su palabra, que el virey le esperaba en palacio, que su caballo estaba preparado, y que no podia faltar á su compromiso sin faltar á su honor.

Masaniello, ataviado con su rico trage, montó á caballo, y se dirigió hácia el palacio del virey.

VI.

LA IGLESIA DEL CARMINE.

Masaniello era uno de esos hombres privilegiados, en los que no solo su talento, sino su físico, parece que adquiere mayores proporciones con las circunstancias. El duque de Arcos al enviarle el rico trage que el pescador vestia, lo habia hecho con la esperanza de hacerle ridículo. Masaniello se vistió con él, y Masaniello tenia el aspecto de un rey.

Así avanzó en medio del griterio de la asombrada multitud, manejando su caballo con tanta destreza y poder, como hubiera podido hacerlo el mejor ginete de la córte del virey; porque siendo niño Masaniello, por placer habia domado mas de una vez esos caballitos cuya raza han dejado en Calabria los sarracenos en su conquista, y que hoy todavía se ven errantes en completa libertad por la montaña.

Ademas, era seguido de un acompañamiento como pocos soberanos podrán vanagloriarse de haberlo llevado: iban detrás ciento cincuenta compañías entre caballería é infantería, organizadas por él, y mas de sesenta mil per-